

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo I

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de septiembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz01.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

CAPÍTULO VIII

PRIMER SITIO DE OAXACA

ESQUINA DEL CURA UNDA

8 de enero de 1858

Cuando ya contábamos más de veinte días de sitio y la desmoralización y falta de municiones de guerra y de boca comenzaban a producir sus efectos, averigüé que una de las barricadas que el enemigo había puesto en la esquina llamada del Cura Unda, frente a mis posiciones, era en su mayor parte de sacos de harina y salvado. Esto me inspiró la idea de que dando un ataque súbito y vigoroso a esa trinchera, podríamos apoderarnos del material de que se componía. Propuse en consecuencia al gobernador Díaz Ordaz que con el sigilo debido se diera el asalto a esa trinchera y la manera como creía yo que podía hacerse con buen éxito. El señor Díaz Ordaz desechó primero por completo mi idea; pero probablemente se la comunicó en seguida al coronel don Ignacio Mejía, y acaso por indicación suya me mandó llamar dos horas después, y me ordenó hablara sobre ese asunto con el coronel Mejía para ejecutar el movimiento que yo proponía o para contestar las objeciones que él me hiciera. El coronel Mejía aceptó mi plan y se quedó con mis apuntes, que comprendían una combinación de toques para comunicarnos, sin que nos entendiera el enemigo.

Convinimos, pues, en que en ese momento, que serían las 10 de la noche, saldría yo de nuestra línea con 25 hombres de mi compañía, a horadar la manzana contigua, y pasando por varias casas de esa manzana, llegaría a ocupar las ventanas de la última casa, que quedaban a la retaguardia de la trinchera indicada, que por descuido no había ocupado el enemigo, y que al llegar yo a esa casa, esto es, a la retaguardia del enemigo, me auxiliaría una columna de Santo Domingo.

El auxilio que debía darme de Santo Domingo el coronel Mejía con-

sistiría en sacar desde la medianoche a la esquina de la Perpetua, dos compañías: la de granaderos del primer batallón y otra del segundo, que era la mía; tirotear desde allí constantemente al enemigo, para que obligándolo a contestar el tiroteo, no oyera el ruido que yo pudiera hacer con el trabajo de perforación de los muros. De las dos compañías que debían situarse en la esquina de la Perpetua, la mía, que era la de granaderos del 2º batallón, debía avanzar por toda esa calle y la del Cura Unda hasta desalojar la fuerza que se encontraba en la calle transversal. La señal para que mi compañía emprendiera sus operaciones al trote, sería una granada de mano que yo arrojaría por encima de las azoteas y reventaría en la calle. Debía situarse en la trinchera nuestra de Santa Catarina todo el presidio con su correspondiente escolta, para acarrear en hombros, los bultos de harina que formaban las trincheras, al perímetro sitiado, luego que yo las tomara.

La trinchera del enemigo estaba situada en la calle de la Amapola ^a como a una tercera parte de esa cuadra hacia el sur, con frente al convento de Santa Catarina. La esquina de la casa del Cura Unda era la suroeste, formada por las calles de la Desgracia ^b que corre de norte a sur, y la del Tapete ^c que corre de oriente a poniente.

No se me dieron los 25 hombres de mi compañía, sino de fuerzas irregulares, completándolos hasta con serenos que no tenían organización militar. No obstante que di en su oportunidad la señal convenida, no se movieron las compañías de la calle de la Perpetua, sin duda porque las instrucciones que habían recibido del coronel Mejía no fueron bastante claras, pues tanto los soldados como los oficiales de esas compañías eran de mucho brío y deseaban auxiliarme.

Sin embargo, de que no se me mandaron los 25 hombres de mi batallón, en la noche del día 7 de enero de 1858 emprendí mi movimiento, comenzando por horadar los muros, que en su totalidad eran de adobe, para lo cual empleaba agua e instrumentos de carpintería, a fin de evitar el ruido que habrían hecho las barretas. Como en cada una de las casas que horadaba, tenía que dejar un hombre en el patio y otro en la azotea para cubrir mi retirada, cuando llegué a la última casa apenas me quedaban trece hombres. La tienda de esa última casa estaba ocupada por el

- a) 2º de Abasolo en la nueva nomenclatura.
- b) 4º del Progreso.
- c) 3º de Abasolo.

enemigo, quien tenía también un destacamento en la trinchera que daba frente a Santa Catarina. Al terminar la horadación cayó el pedazo de tapia que la descubría, y don José M. Cobos, que momentos antes visitando su línea, había tenido necesidad de entrar hasta el segundo patio y a la sazón se encontraba encerrado en un común, habiendo dejado a sus ayudantes en la tienda, vió que por la horadación que apareció instantáneamente a su frente entraban soldados y encontró prudente permanecer en su escondite.

Pasados mis soldados y formados en el segundo patio, avancé al primero y encontrando en él a una joven, la encerré en un cuarto para que no diera aviso al enemigo, y me dirigí a la trastienda, cuyas ventanas daban a la espalda de los defensores de la trinchera. Los desalojé a los primeros tiros y se replegaron al destacamento que estaba en la tienda y que servía de reserva a la trinchera. Tuve que sostener un combate en la puerta de la trastienda que comunicaba con la tienda, puerta de difícil acceso, porque a poco de haber comenzado la refriega se habían acumulado en su dintel los cadáveres de los combatientes de una y otra parte. Después de media hora de combate y cuando ya me quedaban pocos soldados disponibles, toqué diana, que según mi combinación de que había dejado copia al coronel Mejía significaba que necesitaba yo refuerzos y municiones; pero el coronel Mejía no me oyó o no entendió mi toque, porque al tocar yo diana, lo repitieron los destacamentos que cubrían las torres de Santo Domingo y el Carmen, y echaron a vuelo las campanas.

El combate entre la trastienda y la tienda había sido muy reñido, porque como se prolongó mucho, tuvo tiempo la plaza de reforzar su destacamento de aquel lugar, con doscientos hombres del 9º batallón, mandados por su teniente coronel don Manuel González, hoy general de división; pero afortunadamente ese gran número de fuerza no tenía por donde batirme, porque era muy estrecha la puerta que comunicaba a la tienda con la trastienda (y no podía atacarme por la azotea porque lo impedía la altura de Santa Catarina, coronada de soldados nuestros y que estaba muy inmediata).⁴⁴

Después de más de media hora de combate y cuando había perdido en la trastienda nueve hombres, quedándome solamente tres y el corneta, y cuando me persuadí de que había fracasado la combinación, por no haber recibido el auxilio convenido, arrojé sucesivamente sobre la tienda gra-

nadas de mano encendidas para contar con algunos segundos que me permitieran retirarme sin ser perseguido, tiempo que fué muy corto porque Cobos, que permanecía en su escondite y que me vió pasar a mi regreso, dió inmediatamente aviso y ordenó la persecución, que se hizo desde luego.

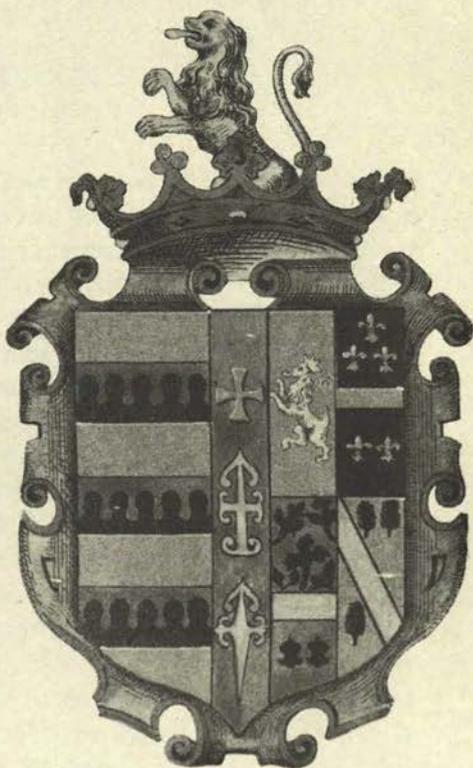
En mi retirada, tuve la desgracia de perder el trayecto de las horadaciones, porque al sentir los soldados que yo había dejado apostados en el camino, que me retiraba, habían huído antes de que yo pudiera verlos, y en lugar de dirigirme al cuarto del zaguán, que era donde estaba la horadación de una de las casas, tomé para el segundo patio; pero por fortuna mía, la tapia no era muy alta y pude salvarla cuando ya tenía a la vista a mis perseguidores. Mi extravío sirvió para extraviarlos y me dieron el tiempo suficiente para entrar a mi línea de defensa. Los tres soldados y el clarín que me quedaban habían salido por la horadación, y con ellos se habían ido los que vigilaban el patio y debían mostrarme el camino. Así fracasó esta operación, que tantas esperanzas nos había dado de meter algunos víveres a las fuerzas sitiadas.

Terminada esta refriega, fuí a Santo Domingo a dar parte de su resultado, muy mortificado por su mal éxito. Mi indignación era tal, que dejé de saludar al capitán José María Lozano de la compañía de Cazadores del primer batallón, a quien por su edad y por cariño, llamábamos los oficiales papá, cuyo nombre no le agradaba. Había sido designado por el coronel Mejía para ayudarme en ese movimiento, y habiendo visto el peligro que corrí, suponía que me habían matado en la refriega; y cuando me vió regresar vivo a Santo Domingo, se alegró grandemente; y como yo pasé a su lado sin hablarle me dijo: "¿Qué no le hablas a tu papá?" y lo pasé, sin contestarle su saludo.

Me sentía, como era natural, muy contrariado, especialmente contra el coronel Mejía, porque no me había ayudado de la manera que habíamos convenido, y me propuse cometer la descortesía de no darle a él, como debía hacerlo, el parte del resultado de mis movimientos, sino directamente al gobernador del Estado. Al subir a la habitación que ocupaba el licenciado Díaz Ordaz, en el convento de Santo Domingo, me encontré al coronel Mejía en la escalera principal, cerca de la sala de Profundís, y sin saludarle seguí mi camino, hablando en voz alta. El comprendió mi enojo y tuvo la fina delicadeza y atención de no darse por ofendido, sino que por el contrario me dijo en voz alta para que yo lo oyera bien: "Calma, calma, Porfirio, así era yo cuando era joven."



LICENCIADO MANUEL ITURRIBARRÍA.
GOBERNADOR DEL ESTADO DE OAXACA
Y DIRECTOR DE SU INSTITUTO DE
CIENCIAS



ARMAS DEL PRIMER MARQUÉS DE
MONSERRATE, DON JOAQUÍN VAS-
CONCELOS, QUIEN IMPULSÓ AL JO-
VEN PORFIRIO DÍAZ PARA SEGUIR
UNA CARRERA LITERARIA

(Galantería del Sr. Lic. José Vasconcelos)

